

dar la bienvenida, me dijo que andaba ya en libros la HISTORIA de vuesa ^a merced, con nombre DEL INGENIOSO HIDALGO D. QUIJOTE DE LA MANCHA; y dice que me mientan á mí en ella con mi mismo ^b nombre de Sancho Panza, y á la señora Dulcinea del Toboso, con otras cosas que pasamos nosotros á solas, que me hice cruces de espantado cómo las pudo saber el historiador que las escribió.

— Yo te aseguro, Sancho, — dijo D. Quijote, — que debe de ser algún sabio encantador el autor de nuestra historia; que á los tales no se les encubre nada de lo que quieren escribir.

10 — Y ¡cómo, — dijo Sancho, — si era sabio y encantador ^c, pues, según dice el bachiller Sansón Carrasco (que así se llama el que dicho tengo), que ^d el autor de la historia se llama Cide Hamete Berengena ^e!

— Ese nombre es de moro, — respondió D. Quijote.

15 — Así será, — respondió ^f Sancho; — porque, por la mayor parte, he oído decir que los moros son amigos de berengenas.

— Tú debes, Sancho, — dijo D. Quijote, — errarte en el sobrenombre de ese Cide, que en arábigo quiere decir señor.

20 — Bien podría ser, — replicó Sancho; — mas, si vuesa ^g merced gusta que yo le haga venir aquí ^h, iré por él en volandas.

— Harásme mucho placer, amigo, — dijo D. Quijote; — que me tiene suspenso lo que me has dicho, y no comeré bocado que bien me sepa hasta ser informado de todo.

25 — Pues yo voy por él », respondió Sancho. Y, dejando á su señor, se fué á buscar al bachiller, con el cual volvió de allí á poco espacio, y entre ⁱ los tres pasaron ^j un graciosísimo coloquio.

a. ...vuestra merced. BR.₅, TON., BOW. — ...vuestra merced. MAI. = b. ...mi mismo. BOW. — ...mi mismo. A.₂, CL., RIV., GASP., MAL., FK. = c. ...y encantador, pues. BR.₄. = d. ...dicho tengo el autor de la. ARR., CL., RIV., ARG.₁₋₂, MAI., BENJ. = e. ...Hamete Berengena.

C.₄, BR.₄, TON., BOW. = f. ...será replicó Sancho. TON. = g. ...vuestra merced. BR.₅, TON., BOW. — ...vuestra merced. MAI. = h. ...aquí al bachiller iré por él. ARG.₁₋₂, MAI., BENJ. = i. ...y juntos los. ARG.₁, BENJ. = j. ...tres pasó un graciosísimo. ARG.₂.

10. ...pues, según dice el bachiller Sansón Carrasco (que así se llama el que dicho tengo), que el autor de la historia se llama Cide Hamete Berengena! — Enfadosa é inútil repetición la de este *que*, enemigo, como tantos otros, de la corrección; pero, con ser tales, el pecado se borra de la memoria por el grato recuerdo de más de un *que* traído para embellecer la obra con piedrezuelas tan menudas como un simple monosilabo.

Fuera de esto, digamos que pudo escribirse la cláusula sin el último *que*; pero, si estaba en el original, ¿por qué el empeño de alterar el texto para que Cervantes resulte siempre todo un académico?



CAPÍTULO III

Del ridículo razonamiento que pasó entre D. Quijote, Sancho Panza y el bachiller Sansón Carrasco

PENSATIVO además quedó D. Quijote esperando al bachiller Carrasco, de quien esperaba oír las nuevas de sí mismo puestas 5 en libro, como había dicho Sancho; y no se podía persuadir á que tal historia hubiese, pues aun no estaba enjuta en la cuchilla de su espada la sangre de los enemigos que había muerto, y ^a ya querían que anduviesen en estampa sus altas caballerías. Con todo eso, imaginó que algún sabio, ó ya amigo ó ^b enemigo, por arte de en- 10

a. ...muerto é ya. BR.₄. = b. ...amigo de enemigo. C.₄, V.₃, BR.₄, BAR.

El hijo del convecino Tomé (Sansón Carrasco), que acaba de llegar de Salamanca, es el personaje que por primera vez entra aquí ahora en escena. Y de tal suerte está modelado su retrato físico y moral, que diríase no lo ha hecho Cervantes, sino que en él han trabajado juntamente un fino anatómico y un psicólogo profundo: por eso, con ser el bachiller amigo de burlas y donaires, no vemos en él un carácter ligero ni una figura mediocre merecedora del ridículo, sino antes bien un amigo de D. Quijote, un buen cristiano, persona tan sagaz y discreta, que, abandonando la sentencia de que el loco por la pena es cuerdo y no queriendo incurrir, por otra parte, en la vulgaridad de los que piensan que el mejor tratamiento de la locura es convencer al demente con sólidas razones de sus delirios, apela á muy distinto proceder, porque, como ha dicho la experiencia por boca de ilustre frenópata, «la mente del orate es un desierto enteramente vacío y silencioso en que se pierde la voz de todo predicador».

cantamento ^a las habrá ^b dado á la estampa: si amigo, para engran-
 decerlas y levantarlas sobre las más señaladas de caballero andan-
 te; si enemigo, para aniquilarlas y ponerlas debajo de las más viles
 5 sí, que nunca hazañas de escuderos se escribieron. Y cuando fuese
 verdad que la ^c tal historia hubiese, siendo de caballero andante,
 por fuerza había de ser grandilocua, alta, insigne, magnífica y ver-
 dadera. Con esto se consoló algún tanto; pero desconsolóle pensar
 que su autor era moro, según aquel nombre de Cide, y ^d de los mo-
 10 ros no se podía esperar verdad alguna, porque todos son embeleca-

a. ...encantamiento. TON. = b. ...las
 avia dado. TON. — ...las habria dado.
 A. 1. 2, PELL., ARR., CL., RIV., GASP., ARG. 1. 2, MAL., BENJ., FK. = c. ...que
 tal historia. TON. = d. ...y que de los
 moros. TON.

Línea 5. ...nunca hazañas de escuderos se escribieron. — Bowle, en su erudito
 comentario, apenas citado por Clemencín, quien supo absorberse lo más exce-
 lente y provechoso de la obra de su predecesor; aquel ilustre inglés, hizo ya
 notar ser cierto no llegaron á escribirse largamente las vidas de los escuderos,
 pero que, sin embargo, hay en las historias caballerescas datos acerca del fa-
 moso Gandalin, dechado de fieles servidores, y asimismo de otros muchos;
 noticias que pueden ser parte á poner en claro el poco fundamento, si es que
 Cervantes no lo consigna como nota cómica, que tuvo D. Quijote al decir que
 jamás se habían escrito hazañas de escudero alguno.

5. Y cuando fuese verdad que la tal historia hubiese... por fuerza había de
 ser grandilocua. — Nunca huelga recordar, para los que lo hayan menester,
 que algunas de las significaciones de los vocablos hoy desusados se encuen-
 tran en las obras de nuestros clásicos en todo su vigor y lozanía: tal acontece
 á cuando en la acepción de *aunque*. Basten dos ejemplos, entre los infinitos
 que pudieran aducirse:

« DOÑA ANA. Estarás pensando ya
 Mil quimeras contra mi
 Porque el guante permiti
 Que Don Nuño se llevase.

DON JUAN. Cuando de ti me quejase,
 ¿No me diste causa?

DOÑA ANA. Si. »

(LOPE DE VEGA. *La discreta venganza*, acto I, esc. V.)

« JULIO. — Señor, deja por Dios esos desatinos; toma el instrumento y can-
 ta, siquiera por que diviertas tanta tristeza...

DON FERNANDO. — Por más que haces, no puedes divertirme. Sepa ó no
 sepa Dorotea que estoy aquí, yo le quiero decir mis locuras con estas cuerdas;
 y cuando no me escuche, no importa, que el alma se deleita con la música
 naturalmente. » (LOPE DE VEGA. *La Dorotea*, acto III, esc. VII.)

10. ...porque todos son embelecadores, falsarios y quimeristas. — Sin que en
 ello se vea asomo de superstición por las palabras desusadas ó próximas á

dores, falsarios y quimeristas. Temíase no hubiese tratado ^a sus
 amores con alguna indecencia, que redundase en menoscabo y per-
 juicio de la honestidad de su señora Dulcinea del Toboso; deseaba
 que hubiese declarado su fidelidad y el decoro que siempre la ^b ha-
 bía guardado, menospreciando reinas, emperatrices y doncellas de 5
 todas calidades, teniendo á raya los ímpetus de los naturales movi-
 mientos. Y, así envuelto y revuelto en estas y otras muchas imagi-
 naciones, le hallaron Sancho y Carrasco, á quien D. Quijote recibió
 con mucha cortesía.

Era el bachiller, aunque se llamaba Sansón, no muy grande de 10
 cuerpo, aunque muy gran socarrón; de color macilenta, pero de
 muy buen entendimiento. Tendría hasta veinte y cuatro ^c años,
 carirredondo, de nariz chata y de boca grande, señales todas de ser
 de condición maliciosa y amigo de donaires y de burlas, como lo
 mostró en ^d viendo á D. Quijote, poniéndose delante dél de rodi- 15
 llas ^e, diciéndole: « — Déme vuestra grandeza las manos, señor
 D. Quijote de la Mancha; que por el hábito de San Pedro que visto,
 aunque no tengo otras órdenes que las cuatro primeras, que es
 vuesa ^f merced uno de los más famosos caballeros andantes que ha
 habido, ni aun ^g habrá, en toda la redondez de la tierra. ¡Bien haya ^h 20
 Cide Hamete Benengeli, que la historia de vuestras grandezas dejó
 escritas ⁱ, y rebien haya el curioso que tuvo cuidado de hacerlas ^j
 traducir de arábigo en nuestro vulgar castellano, para universal
 entretenimiento de las gentes! »

Hízole levantar D. Quijote, y dijo: « — Desa manera, ¿verdad 25
 es que hay ^k historia mía, y que fué moro y sabio el que la compuso?

a. ...tratado de sus. TON. = b. ...fien-
 pre le avia. TON. = c. ...veinticuatro.
 ARG. 1, MAL., BENJ. = d. ...mostró vien-
 do. A. 2, CL., RIV., GASP. = e. ...rodi-
 llas y diciéndole. TON. = f. ...vuestra
 merced. BR. 3, TON., BOW. = ...vuestra
 merced. MAL. = g. ...ni habrá. ARR. =
 h. ...haya el sabio Cide Hamete. ARG. 2,
 = i. ...escrita. TON. = ...escrita. CL.,
 RIV., GASP., FK. = j. ...de hacerla tra-
 ducir. CL., RIV., FK. = k. ...que aya
 historia. BR. 4.

caer en olvido, ¿no es cierto que nuestros mayores hablaron más castizamen-
 te que nosotros, y que el léxico del escritor moderno se va empobreciendo de
 día en día?:

« — La color á lo menos, — replicó el astrólogo, — no conforma con vues-
 tra satisfacción: dadme acá ese pulso.

Diósele turbado el ignorante cajero; y, arqueando las cejas, con muestras
 de sentimiento amigable, el cauteloso embelecador le dijo:

— Vecino mio... doy por bien empleados mis desvelos: para estas ocasio-
 nes son los amigos. »

(TIRSO DE MOLINA. *Los tres maridos burlados*.)

— Es tan verdad, señor, — dijo Sansón, — que tengo para mí que el día de hoy están impresos más de doce mil libros de la tal

1. ...que tengo para mí que el día de hoy están impresos más de doce mil libros de la tal historia. — Para probar que en lo esencial de la anterior afirmación marchan paralelas la realidad y la fábula (la realidad del extraordinario número de ediciones que alcanzó el *Ingenioso Hidalgo* en el espacio de diez años, y la fábula de que estas impresiones pudiesen haberse hecho en *un mes*, ó sea en el corto tiempo que media entre el instante en que se dió término á las aventuras de la primera parte y el momento en que se supone el diálogo con el bachiller); para probar, decimos, esta verdad, hase de advertir que tan brillante éxito no pudieron alcanzarlo en aquella época escritores muy ilustres, como, pongamos por caso, Shakespeare, Milton, Racine y Molière.

Ciertamente asombra que en 1605, en que vió la luz pública el *Don Quijote*, se reprodujera, dentro del mismo año, dos veces en Lisboa, por Jorge Rodríguez (1) y Pedro Crasbeeck; otra en Madrid, por Juan de la Cuesta, el afortunado impresor de la *editio princeps*; y dos más en Valencia, por Patricio Mey (2), pues la ciudad del Turia quiso también entrar en competencia con Madrid y Lisboa.

Clemencin consigna que Pellicer no conoció más que una impresión de Valencia, á pesar de que en las *Anotaciones* de Bowle halló mención de dos. Puesto que con tal observación se da como un remoquete á Pellicer, será bien demos otro al censor por lo atrasadillo que está en punto á las ediciones de 1605.

Que el libro había *salido á la luz del mundo con general aplauso de las gentes* (3), como afirma más adelante la duquesa, lo declara esta su indiscutible popularidad; y tal aceptación demuestra además que ya en la cuna fué comprendido por todos el sentido que el autor quiso dar (y dió efectivamente) á su obra. Destruyese, con lo que va dicho, la falsa tradición de que el *Ingenioso Hidalgo* fuera recibido con indiferencia por sus contemporáneos, y pruébase también que no hubo menester de que su autor escribiese nada para explicar

(1) En la *Introducción* á nuestro tercer tomo, pág. LXX á LXXXI, creemos haber demostrado que no fueron tres, como con harta precipitación se dijo en el año del Centenario, sino dos las ediciones hechas en Lisboa el 1605, ya que Jorge Rodríguez lo imprimió una sola vez, pero cometiendo la superchería de poner otra portada en cierto número de ejemplares.

Que no es una edición distinta, lo testifica el minucioso cotejo que entre dos volúmenes de portada diferente hicimos, no sin fatiga, en la Nacional, que es donde la casualidad, madre de inesperados hallazgos, puso en manos de los archiveros y bibliotecarios el ejemplar hasta entonces desconocido.

El Sr. Menéndez y Pelayo, en carta fechada en Santander á 18 de Octubre de 1907, nos dice: *Prueba V. perfectamente la superchería tipográfica de la supuesta segunda edición lisbonense.*

Si alguien sostiene todavía que son dos reimpressiones distintas, está en el deber de probarlo.

(2) Hase dicho dos más en Valencia porque dos fueron las impresiones de Patricio Mey, conocidas, entre bibliófilos, por la diferencia que existe en el reclamo de la segunda hoja, á saber: *La* y *Al*.

Aun siendo, como lo son, iguales sus portadas, hay entre ellas 135 discrepancias: ortográficas, unas; indubitables erratas, otras; y algunas, notorias variantes.

Puede ver el lector las pruebas de esta afirmación categórica en nuestro primer tomo, pág. LXIV á LXXXII.

(3) Cap. 32.

historia: si no, dígalo^a Portugal, Barcelona y Valencia, donde se han impreso, y aun hay fama que se está imprimiendo en Ambe-

a. ...díganlo. MAI.

el fin y blanco que se había propuesto. Es evidentemente apócrifo, por tanto, *El muy donoso librito llamado « Buscapié », donde, además de su mucha y excelente doctrina, van declaradas todas aquellas cosas escondidas y no declaradas en el « Ingenioso Hidalgo D. Quijote de la Mancha ».*

Este librejo, publicado (como de Cervantes) en 1848 por el gaditano D. Adolfo de Castro, es, en puridad, una imitación servil del estilo y manera del autor del *Don Quijote*.

El rey de nuestros bibliófilos, D. Bartolomé J. Gallardo, en su folleto *Zapatazo á Zapatilla*, y el historiador de nuestra literatura, G. Ticknor, en el t. IV, pág. 207 á 232, probaron de una manera incontrovertible, singularmente el último, que el famoso *Buscapié* está lleno de frases y giros, adulterados unas veces y escogidos otras no sin acierto, de las obras de Cervantes. A pesar de que sus notas, acomodadas con sospechosa exactitud al texto, le dan aire de verosimilitud á la invención, sin embargo, descuidos que la crítica fué acotando prueban que todo ello no pasa de ser un juguete literario.

Á este número de impresiones, ya que la existencia de las de Barcelona y Amberes, citadas por el mismo Cervantes, no se ha comprobado aún, porque quizá no pasó de mera suposición, ó bien convenia al novelista que en su ficción anduviesen mezclados lo verdadero y lo falso; á tal número de impresiones en el mismo año de su aparición, por ventura ejemplo único en aquella época, ha de añadirse la que Roger Velpius dió á la estampa en Bruselas en 1607. Una mano experta, no sabemos cuál, introdujo en el texto correcciones y variantes que hacen de esta edición un libro por todo extremo curioso, pues buen número de sus enmiendas pasaron [dígan lo que les plazca Pellicer (1) y Clemencin (2)] á la tercera impresión de Juan de la Cuesta, dada á luz en 1608.

En nuestro folleto intitulado *¿ Corrigió Cervantes alguna de las ediciones del « Don Quijote » impresas por Juan de la Cuesta ?* (tirada especial de lo dicho en la *Introducción* al tercer tomo, pág. VII á XLV), se han presentado los argumentos en que nos apoyamos para decir: *Cervantes no corrigió la edición de 1608*; afirmación que quisiéramos ver estampada en letras grandes y de color, para que todos, hasta los más cortos de vista, alcanzasen á leerla sin dificultad alguna.

« Resuelve V., — nos dice el Sr. Menéndez y Pelayo, — *sin dejar resquicio á la duda*, á lo menos en mi ánimo, que Cervantes no corrigió la edición de 1608. »

Quien dijo estar cada vez más persuadido de que la edición de Cuesta de 1608, corregidas las clarísimas erratas de imprenta, puede y debe tomarse como única base para un texto crítico, y que ella sola de por sí puede suplirla más que medianamente; quien ha escrito estas palabras, debe, si no se conforma con nuestro dictamen, preguntar al *Maestro* por qué ha consignado sin vacilar, después de leer la *Introducción* al tercer tomo, que *no queda resquicio alguno á la duda de que Cervantes no corrigió la tercera edición de Juan de la Cuesta.*

(1) *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*, t. I, pág. 111.

(2) *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*, t. IV, pág. 51.

res, y á mí se me trasluce que no ha de haber nación ni lengua donde no se traduzga^a.

— Una de las cosas, — dijo á esta sazón D. Quijote, — que más debe de dar contento á un hombre virtuoso y eminente, es verse, 5 viviendo, andar con buen nombre por las lenguas de las gentes,

a. ...se traduzca. A., PELL., ARR., CL., RIV., GASP., MAI., FK.

En 1610 y 1611 se publicaron en Milán y en Bruselas sendas ediciones de la *Primera parte*, y con ellas se cierra la lista de las que en lengua castellana, y conocidas hasta hoy, corrieron de molde en los dos lustros que mediaron hasta la aparición de la *Segunda parte* en 1615.

En verdad, sin humos de soberbia, sin asomo de presunción, pudo decir Cervantes que en el momento en que publicaba la tercera salida de su héroe iban impresos ya más de doce mil volúmenes, aun dejadas en silencio las traducciones inglesa y francesa, hechas, respectivamente, en 1612 y 1614.

La clarividencia del genio le llevó á decir: *se me trasluce que no ha de haber nación ni lengua donde no se traduzga* la tal historia.

Las pruebas de haberse cumplido el presentimiento del autor se encuentran á mano en una obra de inestimable valor. Si Italia se ufana con la bibliografía *Dantesca*, de Colomb de Batines; Francia con la *Molièresque*, de Paul Lacroix, y la *Cornélienne*, de Picot; y con la famosa de Sakespeare, Inglaterra; no es menor la gloria de España en el monumento conocido con el nombre de *Bibliografía crítica de las obras de Miguel de Cervantes Saavedra*, compuesta amorosamente por D. Leopoldo Rius. En ella, y en los *Facsimiles de las 611 portadas de la Iconografía de las ediciones del «Quijote»*, junto con el breve apéndice *Supplément français*, publicado en el t. XV de la *Revue Hispanique*, encontrará, el lector ajeno á este orden de estudios, cuantas noticias ha podido acumular la paciente labor de los enamorados de la obra *príncipe*, orgullo de nuestra literatura.

En resolución, no ha de buscarse, en las palabras objeto de esta nota, la autoridad irrefragable del autor. En ellas mezcló Cervantes, como hemos dicho, la verdad con la ficción, por lo que no es posible decidir si conviene dar plena autoridad histórica al hecho de haber citado una edición barcelonesa; pues si de historia bibliográfica hubiera escrito, con todo y necesitar ya de un nutrido suplemento, ¿cómo explicar que omitiera los nombres de Milán y Bruselas, sobre todo el de esta última ciudad, que en el espacio de cuatro años había dado dos veces á la estampa su tan renombrada novela? ¿Podía ignorar, acaso, lo que todos sabían en España y no pocos en el extranjero?

1. *...y á mí se me trasluce que no ha de haber nación ni lengua donde no se traduzga.* — De uso corriente en los días en que se escribía el *Don Quijote*, *trastucir* ha llegado hasta nosotros sin signo alguno de vejez. De época intermedia es este ejemplo:

«Se injuriaba también torpísimamente al difunto Rey, padre, haciéndole... un hombre pasivo, estúpido inerte é insensible... de manera que, sobre haber vertido en él la iniquidad todo su veneno, se *trastuce* en su fondo un espíritu revolucionario y unas semillas harto desenvueltas de independencia, insurrección y conspiración pública.» (FLORIDABLANCA. *Defensa legal*. «Biblioteca Rivadeneyra», t. LIX, pág. 367.)

impreso y en estampa. Dije con buen nombre porque, siendo al contrario, ninguna muerte se le igualara.

— Si por buena fama y si por buen nombre va, — dijo el bachiller, — sólo vuesa^a merced lleva la palma á todos los caballeros andantes; porque el moro en su lengua y el cristiano en la suya 5 tuvieron cuidado de pintarnos muy al vivo la gallardía de vuesa^b merced, el ánimo grande en acometer los peligros, la paciencia en las adversidades, y el sufrimiento así en las desgracias como en las heridas, la honestidad y continencia en los amores tan platónicos de vuesa^c merced y de mi señora D.^a Dulcinea del Toboso. 10

— Nunca, — dijo á este punto Sancho Panza, — he oído llamar con *Don^d* á mi señora Dulcinea, sino solamente la señora Dulcinea del Toboso, y^e ya en esto anda errada la historia.

a. ...solo vuestra merced. BR., TON., BOW. — ...solo vuestra merced. MAI. — b. ...de vuestra merced. BR., TON., BOW. — ...de vuestra merced. MAI. = e. ...de

vuestra merced. BR., TON., BOW. — ...de vuestra merced. MAI. = d. ...con doña á mi señora. BR., TON. = e. ...del Toboso é ya en. BR.

9. *...la honestidad y continencia... de vuesa merced y de mi señora D.^a Dulcinea del Toboso.*

— Nunca, — dijo á este punto Sancho Panza, — he oído llamar con «*Don*» á mi señora Dulcinea. —

Como esto no sea cierto, porque en el cap. 8 de la primera parte se consignó que, hablando nuestro Hidalgo con la señora del coche, le dijo: «...sabed que yo me llamo D. Quijote de la Mancha, caballero andante y aventurero, y cautivo de la sin par y hermosa D.^a Dulcinea del Toboso»; Bowle, previniendo la objeción que pudiera hacerse á Cervantes por decir ahora Sancho que nunca había oído llamar con «*Don*» á su señora Dulcinea; anticipándose, repetimos, á la objeción, replica ser cierto que el bueno del escudero no lo había oído, porque, desviado en aquel momento del lugar de la contienda, los mozos de los frailes, que no sabían de burlas, dieron con él en el suelo, dejándole sin aliento y sin sentido.

Clemencin, admitiendo como buena la defensa de su antecesor, se entró en una serie de consideraciones para convencernos de que el tratamiento de *Don* disuena en las damas de los andantes.

Pero como se refiera en el final del cap. 9 que el vizcaino lo pasara mal si las señoras del coche no hubiesen intercedido en su favor; como se diga allí, insistimos nuevamente, que D. Quijote respondió con mucho entono y gravedad: «— Por cierto, hermosas señoras, yo soy muy contento de hacer lo que me pedís; mas ha de ser con una condición y concierto, y es que este caballero me ha de prometer de ir al lugar del Toboso y presentarse de mi parte ante la sin par D.^a Dulcinea»; es evidente que ni Bowle ni Clemencin, á no admitir su criterio de que la novela ha de correr al unisono con la historia, supieron defender al autor del *Ingenioso Hidalgo*, porque la contradicción entre lo que afirma Sancho ahora y lo referido en el cap. 9 no puede ser más notoria, ya que la excusa dada por dichos comentadores respecto al cap. 8 no tiene cabida en cuanto al final del 9 y comienzos del 10, puesto que el último

— No es objeción ^a de importancia esa ^b, — respondió Carrasco.

— No por cierto, — respondió ^c D. Quijote. — Pero dígame vuesa ^d merced, señor bachiller: ¿qué hazañas más son las que más se ponderan en esa historia?

5 — En eso, — respondió el bachiller, — hay diferentes opiniones, como hay diferentes gustos: unos se atienen á la aventura de los molinos de viento, que á vuesa ^e merced le parecieron briareos y ^f gigantes; otros, á la de los batanes; éste, á la descripción de los dos ejércitos, que después parecieron ser dos manadas de carneros; 10 aquél encarece la del muerto que llevaban á enterrar á Segovia; uno dice que á todas se aventaja la de la libertad de los galeotes;

^a. ...es obiecion de. BR., — ^b. ...im-
portancia respondió. RIV. — ^c. ...cierto
dijo Don Quijote. TON. — ^d. ...dígame
vuestra merced. BR., TON., BOW. —

...dígame vuestra merced. MAI. — ^e. ...á
vuestra merced. BR., TON., BOW. — ...á
vuestra merced. MAI. — ^f. ...Briareos
gigantes. ARG.,

principia así: «Ya en este tiempo se había levantado Sancho Panza algo maltratado de los mozos de los frailes, y había estado atento á la batalla de su señor D. Quijote.»

No siendo dado admitir la excusa de que Sancho pudo no haber oído ahora como su amo trataba de Doña á Dulcinea, porque las palabras de que *había estado atento* á todo no consienten tal suposición; será forzoso decir, y así lo creemos, que el mismo Cervantes forjó la contradicción para complacerse en ridiculizar tan mínimo reparo, ya que el lector menos entendido comprende fácilmente que el novelista pudo muy bien evitarlo con no poner en boca de Sancho las palabras de que jamás había oído llamar Doña á su señora Dulcinea: luego, si lo hizo, fué con el propósito de buscar una nota cómica y burlarse del escudero por lo desmemoriado que andaba en este punto.

6. ...unos se atienen á la aventura de los molinos de viento. — Que la producción artística no ha de estimarse como labor inconsciente, y que el celebrado novelista no escribió tan de corrido como se presume, lo patentizan las frases puestas aquí en boca de Sansón Carrasco, frases en las que el crítico y el artista se confunden en uno, evidenciando que entrambas partes de su obra están escritas, en cuanto á lo que podríamos llamar su contextura, con arte y medida.

7. ...que á vuesa merced le parecieron briareos y gigantes. — Sospeché Hartzenbusch que el autor hubo de decir *Giges*, hermano de Briareo, y que acaso estaba escrito con minúscula y en abreviatura; admitido lo cual, añadió (como si hubiese estado al lado de los cajistas): «de ahí que éstos confundieran *giges* con *gigantes*.» Pero ¿á qué engolfarse en tal cavilosidad?

Á nuestro juicio, en el manuscrito se leía *briareos* y *gigantes*, y esta es la lección corriente. Gigantes de cien brazos y gigantes no centimanos, es la idea que debió cruzar por la mente del novelista, fundándose en que *Briareo*, uno de los Titanes que combatieron contra los dioses, fué sepultado en el Etna, junto con otros gigantes que estaban allí hacia tiempo.

otro, que ninguna iguala á la de los dos gigantes ^a benitos, con la pendencia del valeroso vizcaíno.

— Dígame, señor bachiller, — dijo á esta sazón Sancho: — ¿entra ahí la aventura de los yangüeses ^b, cuando á nuestro buen Rocinante se le antojó pedir cotufas en el golfo? 5

— No se le quedó nada, — respondió Sansón, — al sabio en el tintero: todo lo dice y todo lo apunta: hasta lo de las cabriolas que el buen Sancho hizo en la manta.

— En la manta no hice yo cabriolas, — respondió Sancho: — en el aire sí, y aun más de las que yo quisiera. 10

— Á lo que yo imagino, — dijo D. Quijote, — no hay historia humana en el mundo que no tenga sus altibajos, especialmente las que tratan de caballerías, las cuales nunca pueden estar llenas de prósperos sucesos.

— Con todo eso, — respondió el bachiller, — dicen, algunos que 15 han leído la historia, que se holgaran se les hubiera ^c olvidado á los autores della algunos de los infinitos palos que en diferentes encuentros dieron al señor D. Quijote.

— Ahí entra la verdad de la historia, — dijo Sancho.

^a. ...de los monjes benitos. GASP. —
^b. ...los gallegos cuando. MAI. — ^c. ...se

les hubieran olvidada á los. CL., RIV.,
ARG., BENJ., FK.

1. ...ninguna iguala á la de los dos gigantes benitos. — Pellicer, en la nota 14 al t. V de su edición, dijo:

«Acaso en el original del autor se diría *monges Benitos*, sin que deba extrañarse esta errata de imprenta, pues otras más disonantes se cometieron en la primera edición publicada el año de 1605.»

Arrepentido Hartzenbusch de haber estampado la lección *gigantes* en sus dos ediciones de Argamasilla, consignó, en nota á la reproducción fototipo-gráfica, que el manuscrito diría *ginetes*.

Con sentido más alto refutó Urdaneta (1) una y otra suposición:

«Esto parece muy propio y natural, por el carácter burlesco del Bachiller, quien explicaba á don Quijote lo que decían las gentes de su historia y de sus aventuras; y debía dar el nombre de *gigantes* á los *monjes*, que tales los creyó el hidalgo cuando los venció con su denuedo, no sólo en su sentido recto, yendo ellos en mulas que parecían dromedarios por lo enorme de su estatura, sino en el fantástico y sobrenatural que sustentaba don Quijote, creyendo que á cada paso se encontraba con *gigantes*. El Bachiller no iba á contrariarlo, sino á darle cuerda en su locura. Sustituir, pues, como quiere Pellicer, la voz *monjes*, es quitar todo su mérito á la frase, alejándole el chiste y el sentido cabaleresco, y traerla al natural de una simple y racional historia. Don Quijote desconocía la tal aventura de los *monjes Benitos*, que quiere Pellicer, y sólo tenía apuntada en la memoria de las suyas la de los *gigantes Benitos*.»

(1) *Cervantes y la crítica*, pág. 585 y 586.